

LA CALMA DE UNA VOZ

La voz de las brisas

Normalmente por la tarde, sobre las leves inclinaciones de los cerros que daban tacto a las tierras, se formaban valles pequeños cuyos lechos eran el camino de arroyos de aguas puras. Algunos eran resguardados por bosques buscando el agua de su cauce. Tomando de ella la vitalidad para soportar los fríos, y evitar que las raíces colapsen en las gélidas sequías.

El centro de la conglomeración de casas no estaba a más que unas pocas cuerdas de uno de esos bosques, casi rodeándola. Un bosque que no parecía terminar, extendiéndose indefinidamente hacia el fin del mundo. Estar allí, siendo partícipe del silencio que no pocas veces había sido causante de la desesperación inexplicable, que le consumía durante ciertas veladas, en su habitación que poco a poco perdía la calidez. Desesperante, pero absorbente atrayendo su alma a mirar en ese lugar un futuro. Su casa, que se componía de varios apartamentos quedaba frente a esos árboles, emitiendo un sonido sedante, a veces insoportables crujidos que anunciaban una pronta caída. Ese era quizás el problema menor, el peligro eran los ruidos que venían de allí. Tener en mano el arma, ver y no dejar de hacerlo... estar atento.

Dejaba jugar a sus hijas allí, mientras corrían de un lado a otro, adentrándose pocos pasos a la sombra de las copas incompletas. En esos momentos, se relajaba. Pudiendo oír la felicidad en las risas de ambas, entreteniéndose mientras sus cabellos se revolvían en las brisas que daban escalofríos.

No entendía completamente las razones que le llevaron a instalarse allí. Tampoco las razones de su esposa para aceptar y acompañarle. Alejarse del arraigo de su tierra natal. Donde alguna vez creyó que iba a morir. Pero había razones... oyó nuevamente esas risas, esas voces. Su cuerpo sintió un adormecimiento, una tranquilidad tan sutil, tan necesaria para crecer y avanzar. Solo necesitaba verlas y volver por esa razón. Era un buen lugar, después de todo. Cerró los ojos, apesadumbrados.

Sintió una presión en su brazo, una mano que le apretaba con fuerza. Abrió sus ojos, suspirando, mirando a los lados. Vio a su mujer, observando los árboles de enfrente, una mirada clavada y petrificada en un momento. No supo en qué momento, pero la escuchó hablar.

— Creo que Linnette se metió a los árboles... Y la estoy oyendo —dijo exaltada, quebrando la voz.

Se levantó y tomó el arma, sabía que adentrarse allí podía ser mala idea. Había oído rumores de los animales que había allí, pero nunca logró concretar a qué se referían. Aguzó el oído y sí, oía como una voz parecía emanar del bosque. Podría ser cualquier cosa, quizás el mismo viento pero al oír detenidamente sentía que era ella. La brisa que soplaba no era precisamente la responsable de dispersarse hasta convertirse en algo inaudible para él. Aquella era lo único que le permitía aún creer que andaba por allí, caminando como si nada, paseándose. Eso le daba la seguridad de que estaba allí, le tranquilizaba. Adormecía las voces de su cabeza, que

le creaban los peores escenarios. La encontraría, tan lejos no pudo haberse ido. No era posible. Oyó, como una cascada de imponente caudal caía sobre su cabeza, derramando de un cielo ceniciento. Los ramales, recubiertos por infinidad de hojas, del tamaño de un pulgar convertían las brisas en un conjunto de armonía insoportable aturdiendo a cualquiera que oyera. Entre ese arroyo acústico, se difuminaba la voz. Se perdía, dejándose llevar hasta un lugar adentrado entre los árboles donde no había, ni habría en un futuro la existencia de alguien, aún con el paso del tiempo.

Las brisas que morían, desvaneciéndose entre los árboles o los arbustos. Dejándose caer en el suelo pestilente rebosado de materia muerta. Enraizando y nutriendo los famélicos troncos que se alzan como criaturas agonizantes hacia el cielo. Vigorizando su ser, con los cadáveres, los restos de los suyos, desparramados en las innumerables capas de tierra...

Sentía que todo. Sin falta, cada existencia emitía un sonido, por mínimo que fuera, logrando aferrarse a las brisas que traían la voz de Linnette, desviándose. Podía notar algunas veces como se acercaba, y no sola. Acompañada de pasos corriendo sobre la tierra cubierta por hojas, que crujían tan levemente. Pasos que llegaban, y producían oleajes en ellas. Creía que venía a sus brazos. Los abría, esbozando una sonrisa que aún no disimulaba el terror de la situación. Miraba allí donde parecía provenir, pero de allí no salía nadie, de allí solo alcanzaba a sentir una brisa desparramarse sobre su cuerpo. Adentrándose en sus oídos descifró penosamente que en ella se aferraba sólo su voz. Sin ella. Palabras quebradizas, que no alcanzaba a darle un significado. Murmullos. Que ahora dejaban de existir entre sus brazos.

A cada lado miraba, atendiendo con la mirada detallista. Por cualquier pista. Algo que mínimamente le diera una razón más para seguir... para seguir intentando. En su cabeza siguieron las voces. ¿Por qué se había adentrado? Ella, Linnette no haría algo así. Menos en un lugar que no conocía, ese hecho le hacía dudar. Pero como si el destino se burlara, volvía a oír la voz. Creía que alguien se la había llevado, pero Selene no dijo eso. Bueno a ella no la oyó decirlo. Pero podría ser, quizás... ah su mujer se preocuparía. Ya era demasiado tiempo. Además, no entendía cómo no la había visto hasta ahora. Los árboles no eran una jaula que se apilaban unos sobre otros, se dejaban ver a cierta distancia. Y el terreno se precipita hacia un arroyo. Pero no tenía rastro de ella. ¿Qué tan lejos? ¿Por qué continuaba caminando, alejándose? Empezaría a anochecer, lo veía y sentía en los repetidos escalofríos que tenía y la dificultad para evitar tropezar.

El cielo se convertía en un espectáculo de tonos rojos, contrastando los árboles negros en una sola pieza. Desparramando sus sombras en el suelo, languidecían. Se estaba helando, sus manos... respiraba con dolor significativo. Y quizás era la soledad, el imponente cansancio que entumecía cada una de sus extremidades. Que divagaban ideas por su cabeza, preguntándose y dudando. No entendía por qué si su mujer le había avisado no llamó a más personas para ayudarlo. Siquiera oyó gritos que venían detrás de él acompañando su búsqueda. Solo estaba él. ¿Solo? Lo único que oía era esa voz. La cual notaba, que no sentía preocupación. Parecía como si estuviera jugando, sin notar por propia cuenta que estaba cada vez más lejos de casa, pero más adentrada en el bosque ¿Linnette? Realmente era ella o todo

era producto de su imaginación, pero oía. ¿Cómo podría ser? Que los árboles hablarán y disimularan ser Linnette. ¿Qué le llevaba a pensar así? Reía, mientras corría. Introduciéndose más y más. Mientras se golpeaba contra los árboles que le impedían continuar. Tratar de verla. De descifrar la calma y las risas de su voz aun, cuando estaba tan lejos.

¿Dónde estaba?

— ¡Linnette! — grito. Estaba agitado y el frío lo consumía. Haría aún más, y si no la encontraba...

Ambas seguían jugando. Sentían el frío en su piel, y las brisas revolvían sus cabellos. Reían y esas risas, esas veces de tanta felicidad se dejaban llevar sobre las brisas, recorriendo el pueblo, y a veces... se adentraban en el bosque. En un momento ambas se quedaron observando los árboles, oyendo su crujir. Ese sonido que Linnette le temía tanto, la mantenía alejada de esos altos troncos, de las altas copas que dejaban entrever las nubes... Observó como las hojas caían como la nieve, deslizándose en el aire. Miró a su hermana, Selene, sonriente. Rieron, dando la espalda al bosque y caminaron hacia casa.